

no dejándose engañar ni dándoles una centralidad que no les corresponden, pero tampoco haciéndolas callar o dándoles la espalda. Esperanza, ¿por qué? Pues esperanza porque anhelamos “el reencuentro imposible” y porque “no todo está bien”. Hay una gran lucidez en como Esquirol entiende que “no es la inmortalidad, sino el encuentro y la compañía, lo que queremos”, situando pues la esperanza no en el terreno del deseo de vivir para siempre —muy propio de la huida hacia adelante y de nuestra confianza actual en la tecnología para llevarla a cabo— sino de hacer eterno lo vivido.

Para terminar, la propuesta de Esquirol es una propuesta singular que recoge elementos de diferentes tradiciones. Sería engañarse no reconocer que el cristianismo está más que presente: los padres de la Iglesia, Juan Clímaco, Pablo de Tarso, Francisco de Asís y su mansedumbre, Isaías, Job, todos ellos circulan en el texto por la relevancia de sus aportaciones. El lector cristiano se sentirá reconocido en una antropología que le es cercana, pero a la vez se le muestra nueva, liberada del vocabulario apologético propiamente religioso. Una antropología con vocación universal. Al lector no-cristiano se le mostrará un camino que conduce a recuperar y hacer valer hoy lo mejor de la tradición cristiana pasado por el tamiz del paso del tiempo ayudados por la redefinición de conceptos de gran envergadura. Probablemente, y recuperando la importancia de la articulación que mencionábamos antes, Esquirol se nos muestra como un nuevo Pablo de Tarso explorando la juntura que puede emerger entre el pensamiento judío y el helenístico. Esquirol pone en diálogo lo mejor de la tradición antropológica cristiana con la tradición clásica: entre “el socratismo y el franciscanismo” se describe a él mismo, buscando la juntura, el “repliegue del sentir”, para elaborar un pensamiento sistemático realmente nuevo.

Xavi CASANOVAS

Director del Centro de Estudios Cristianisme i Justícia

NÚÑEZ DE CASTRO, Ignacio: *La quina, el mate y el curare. Jesuitas naturalistas de la época colonial*, Mensajero, Bilbao 2021, 262 pp. ISBN: 978-84-271-4582-5.

El profesor Agustín Udías, en su excelente monografía *Los jesuitas y la ciencia. Una tradición en la Iglesia* (Mensajero, 2014) dedica unas páginas a la ingente labor de algunos jesuitas naturalistas en América, pero al ser una obra de conjunto no pudo detallar demasiado. Si se revisan las fuentes bibliográficas, sorprende que son



muchos los estudios históricos sobre la obra científica (sobre todo como naturalistas) de los jesuitas en el Nuevo Mundo.

Así, el profesor Eduardo G. Ottone ha publicado muchos trabajos referidos a las aportaciones geológicas de los jesuitas. Más modernamente, en estos últimos años, el profesor Miguel León Garrido ha publicado diversos trabajos científicos sobre el avance de los conocimientos geológicos y paleontológicos de los jesuitas en América. Y en Argentina se han editado textos manuscritos de jesuitas naturalistas que se creían perdidos y la profesora Maria S. Justo en Paraguay investiga la obra naturalista de los jesuitas, así como el profesor Fermín del Pino, que ha publicado muchas cosas sobre jesuitas naturalistas. Pero sobre todo, destaca la monografía editada en 1989 por la entonces Dirección General del Medio Ambiente, *José Sánchez Labrador y los naturalistas jesuitas del Río de la Plata*.

El presente estudio profundiza y amplía estos trabajos con nuevos datos inéditos y sistematiza la obra naturalista de los jesuitas en el Nuevo Mundo. Los primeros jesuitas, fieles a su misión evangelizadora y educativa, llegaron en 1562 a la América dependiente de la Corona de España. Durante 200 años, hasta su expulsión por Carlos III en 1767, los jesuitas hicieron una gran labor misionera en el Nuevo Mundo. Pero también defendieron a los indígenas americanos y desarrollaron una gran labor como naturalistas. Está demostrado que tanto Humboldt como Darwin bebieron en estas fuentes para elaborar sus hipótesis sobre la distribución y evolución de plantas y animales en América. De ahí la importancia hoy de estas fuentes, algunas de ellas todavía inéditas.

Este estudio del profesor Ignacio Núñez de Castro ofrece una narración amena, novedosa y profunda. El autor, jesuita y catedrático jubilado de Bioquímica y Biología Molecular de la Universidad de Málaga, ha visitado en Latinoamérica muchos de los lugares citados en el texto de este documentado estudio. El presente libro, dedicado al papa Francisco, incluye un prólogo del jesuita historiador Fernando García de Cortázar, y pretende rescatar del olvido a una parte de la historia de la ciencia. Al final, ofrece una bibliografía muy actualizada y completa y unos índices onomásticos excelentes que permiten seguir el rastro a todos los nombres citados.

No hay duda de que la expulsión de la Compañía de Jesús de España y de sus colonias a mediados del siglo XVIII propició la aparición de un nuevo género literario, conjunto de historia civil y natural, llevado a cabo en Europa por una pléyade de jóvenes jesuitas expulsos. Sobre ellos existe abundante bibliografía. Pero no son tan conocidos muchos jesuitas que dedicaron parte de su tarea evangelizadora desde 1562 a la observación minuciosa de la naturaleza, a la anotación de datos, a la elaboración de hipótesis explicativas, al desarrollo de una metodología científica moderna y a la redacción y —cuando fue posible— a la publicación de sus resultados.

Desde el comienzo, los jesuitas en el Nuevo Mundo dedicaron muchos esfuerzos a la evangelización a través de colegios y universidades. Llevaron a América miles de libros que enriquecieron las primeras bibliotecas. Y desde el Nuevo Mundo los jesuitas difundieron conocimientos y experimentaron remedios médicos indígenas basados en plantas americanas.

El volumen se estructura en ocho capítulos que vertebran los contenidos. El primer capítulo se dedica a los primeros naturalistas jesuitas en América, los padres José de Acosta (el naturalista jesuita más brillante y al que se considera padre de la biogeografía) y Bartolomé Cobo. Cuatro capítulos se centran en la labor botánica de los jesuitas y sobre todo a las plantas medicinales: la quinina, la yerba mate y el curare. El capítulo segundo describe los primeros herbarios (el hermano jesuita Pedro de Montenegro, el hermano Johannes Steinhöffer, el padre Segismundo Aperger, el hermano Georg Kammel —al que se dedica la *Camelia*)—. El tercer capítulo se centra en los estudios sobre la quinina y sobre la yerba mate. El cuarto capítulo describe los descubrimientos botánicos de los jesuitas en los grandes ríos: Amazonas, Orinoco y Magdalena (los padres Cristóbal de Acuña, José Gumilla y Antonio Juliá).

En una segunda parte, los últimos cuatro capítulos se centran en la labor de los jesuitas naturalistas que fueron expulsados de América. Unos desarrollaron su apostolado en el Gran Chaco (los padres Pedro Lozano y José Solís y en especial José Sánchez Labrador, capítulo 5), y sobre todo el chileno Juan Ignacio Molina (capítulo 8), a quien se considera inspirador de algunas de las ideas de Humboldt y de Darwin. En resumen: un estudio riguroso que da a conocer muchos aspectos de la obra naturalística de los jesuitas en el Nuevo Mundo. Como ha puesto de manifiesto en 2016 el Académico de la Historia argentino Miguel de Asúa, “fueron los misioneros jesuitas los que en su proyecto de escala continental proporcionaron la primera imagen consistente de la naturaleza americana”.

Leandro SEQUEIROS, SJ

Presidente de la Asociación Interdisciplinar José de Acosta (ASINJA)